

Diccionario de traducción: traducciones y traductores en Navarra (Siglos XV-XIX)

Ballestero Izquierdo, Alberto

Pamplona : Eunate, 1998. - 190 p. - (Col. Diccionarios EUNATE). - ISBN 84-7768-092-2

Roberto San Martín Casi

Normalmente, el objetivo básico de las reseñas de libros es resaltar la aparición de una obra que destaca por algo. Bien porque añade nueva información a un tema, abre líneas de investigación innovadoras o sintetiza diferentes trabajos monográficos partiendo de hipótesis o interpretaciones sugerentes. Lo habitual es comentar brevemente los contenidos, señalar su aportación y, en todo caso, criticar algunos aspectos. Por lo general, el rigor científico se sobreentiende. No es éste el caso.

En la introducción, el autor señala la inexistencia de una «*Historia de la Traducción en Navarra*» y su pretensión de *contribuir a sentar las bases de estudios posteriores*, lo que le obliga a *iniciar la investigación con un ensayo bibliográfico, puesto que si no conocemos el objeto de la investigación, difícilmente podemos trabajar sobre ella ...* presentando en forma de diccionario *un catálogo lo más exhaustivo posible de traducciones impresas en Navarra, de sus traductores y de sus impresores* (p. 13-16). Proyecto ambicioso con título ambicioso: *Diccionario de traducción*. Sin embargo, esta obra, como un instrumento auxiliar de referencia, no cumple los requisitos mínimos exigidos. Un *Diccionario*, sea enciclopédico, lingüístico o temático, como pretende ser éste, debe observar una serie de características técnicas –formales y de contenido– que faciliten su consulta y recojan de forma sintética, pero exhaustiva, datos precisos y sobre todo fiables. De entrada, existen erratas que dificultan su consulta y desvirtúan el contenido, erratas que ponen de manifiesto algo tan simple y grave como que no se han corregido las pruebas de imprenta. Los ejemplos son numerosos: desde que el volumen está mal paginado, –la paginación del índice no se corresponde con la del texto–; pasando por erratas en el texto e índices finales –Anchueta en vez de Anchuela (p. 100, 147), mientras que en otras páginas está bien escrito–; o que Adrián de Amberes imprimió en Tudela (p. 28); erratas en las notas a pie de página, –cuando habla de la viuda de Alfonso Burguete (s. XVIII) y aparece en la nota correspondiente obras de Brocar (s. XV), (p. 53-54)–.

La obra está estructurada en una serie de apartados que contemplan la imprenta y los impresores en Navarra, los traductores y lenguas de traducción, las traducciones en sí mismas, unas conclusiones y un listado de obras a modo de catálogo e índices de impresores, traductores y obras. Prácticamente todo el contenido, sobre todo los primeros capítulos, es un remedo de trabajos ya publicados, en especial de dos obras: el *Ensayo de Bibliografía Navarra* de Antonio Pérez Goyena y los artículos referidos a la imprenta e impresores de la *Gran Enciclopedia Navarra*. No se puede considerar ni “refrito bibliográfico”, ya que no realiza la más mínima crítica textual a las fuentes que utiliza, ya de por sí, fuentes secundarias. Si analizamos página a página, impresor a impresor, nos encontramos con un mal resumen de ambas obras. No hay investigación. Por ejemplo, una errata tipográfica que comete la *GEN* (VI, p. 85) en su voz «Imprenta» con el nombre de dos impresores: *Juan de Costa* en vez de *Juan de Osta* y *Domingo de Gerdala* en vez de *Domingo de Berdala* es copiada tal cual (p. 31), para luego, unas páginas más adelante (p. 44, 160) nombrarlos correctamente. Otro botón de muestra: ya en el siglo XVIII, copiando el artículo de la *Enciclopedia Navarra*, que a su vez se basa en Pérez Goyena, comenta que la producción tipográfica de Pascual Ibáñez va de 1735 a 1775. Imposible, Pascual Ibáñez en 1735 tenía alrededor de 11 años (véase la comunicación de J. Iturbide en el *IV Congreso de Historia de Navarra*), además la obra que Pérez Goyena refleja como impresa por Ibáñez en ese año lleva una tasa y privilegio del Consejo Real de 1769. Es comprensible que Pérez Goyena se equivocase debido a la magna obra que se llevaba entre manos y a los medios que tenía a su alcance, también es comprensible el error de la *Enciclopedia*, ya que, por su propia naturaleza, no puede ni debe utilizar fuentes primarias y se debe fiar de los estudios existentes. Pero en un libro monográfico no se puede cometer ese error, no cuesta mucho advertir algo tan chocante como el salto cronológico que hay entre 1735 a la década de los 50 que es cuando los trabajos tipográficos de Ibáñez empiezan a aparecer con regularidad. Así, también en la p. 28, comenta que Juan Antonio Castilla (1757), fue el primero en imprimir en vascuence en Pamplona, para luego afirmar, en la p. 32, que la viuda de Alfonso Burguete imprimió en 1751 un *Catecismo de doctrina cristiana en vascuence*. En realidad, ya en 1737, 1739, 1744 ... impresores como José Joaquín Martínez o Jerónimo Anchuela habían publicado algunas obras en euskera. Los errores y despropósitos se acumulan, denotan un desconocimiento total del mundo editorial durante la Edad Moderna: confunde la función de impresor, editor y librero. Dudo que Vicente Armendáriz (p. 31) sea impresor, mas bien librero-editor, “a costa de”, “a expensas de”. En esta misma línea, es inaudito el comentario que el autor hace a la edición tafallesa (1692) de la *Declaración copiosa de la Doctrina Cristiana* de Roberto Bellarmino, traducida por Luis de Vera; comenta que *se trata de una versión con “adiciones y exemplos” habitualmente desconocida porque la obra ya se había editado con anterioridad* (p. 123). Se puede aducir que es desconocida porque la tirada fue muy corta, porque puede que sea una edición fantasma (aunque al parecer un ejemplar existe), etc., pero argumentar que es *habitualmente desconocida* porque es una obra ya editada, no tiene sentido.

Estos errores no se hubieran producido si el autor hubiera acudido a fuentes primarias o, al menos, a una bibliografía actualizada que, aunque escasa, existe. Es

inadmisible para cualquier estudio, ensayo o investigación que se precie, utilizar como material documental artículos de una enciclopedia y de una sola obra, pero el tema se agrava cuando no se avisa que el trabajo es una síntesis bibliográfica, y además se advierte la apropiación literal de textos y citas sin tan siquiera introducir comillas o cursiva.

En cuanto al elenco de traductores, tampoco se ha extendido. Sigue sin aportar datos nuevos y mantiene el mismo esquema de extracto bibliográfico básico. Para Pérez Goyena, el aspecto de los traductores, con ser importante, no era algo primordial, estando más que justificado, en una obra de descripción bibliográfica de 9 volúmenes y 8.627 referencias, que no se recree en aspectos biográficos. Pero esto no se justifica en un libro que pretende ser un *Diccionario de traducción : traducciones y traductores en Navarra (siglo XV-XIX)*. No sólo se apropia del contenido, también hace suyas algunas citas que Pérez Goyena utiliza de otros autores. Por ejemplo, en la breve referencia biográfica de Joaquín Castellot (p. 71), traductor del P. Croisset, menciona una frase de J.A. Llorente, *Historia crítica de la Inquisición en España*, como si hubiese sido consultado de primera mano, siendo una cita recogida por Pérez Goyena (IV, p. 494). A este respecto se observan varios ejemplos similares.

No se puede elaborar un catálogo-diccionario de traductores que publicaron en Navarra sin los mínimos datos biográficos; así, en la reseña que hace del benedictino Gregorio de Alfaro (p. 70) copia al ilustre bibliógrafo navarro, y como éste no señala su año de nacimiento, no se preocupa en buscarlo en cualquier repertorio especializado. En las pp. 72-73, transcribiendo de nuevo a Pérez Goyena señala que el P. Calatayud nació en Tafalla en 1698 y murió en Bolonia en 1773, tendría, pues, 75 años. Un párrafo más adelante dice que vivió 84 años. El P. Calatayud nació en 1689, tal y como aparece en la primera línea del primer capítulo de la biografía que escribió Gómez Rodeles, –incluso señala la página del libro sacramental donde se asienta su partida de bautismo–. Que Pérez Goyena tuviese un baile de números –1698 en vez de 1689– es admisible, que la *Gran Enciclopedia Navarra*, cometa el mismo error, puede que también, pero un estudioso que pretende hacer un Diccionario monográfico de traducción y traductores, no se lo puede permitir.

En cuanto a las conclusiones, más de lo mismo, no hay conclusiones. Se limita a resumir el libro, que ya de por sí es un resumen. En las últimas páginas, el autor presenta una bibliografía de obras fundamentales pero no actualizada y, por desgracia, escasamente utilizada. Así, aunque aparecen citados los artículos del P. Cabodevilla sobre las *Adiciones al «Ensayo de bibliografía navarra»*, no los ha utilizado, puesto que de haberlo hecho, hubiese aumentado la nómina de ediciones navarras de obras traducidas.

En definitiva, este libro no sólo no aporta nada sino que puede llevar a la confusión a quien no esté familiarizado con la historia de la imprenta en Navarra.